EL ARCO

N.º 97 Cartagena 18 Octubre 1912 Año III

Semanario Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Cincuenta números UNA pta. | Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2 | No se devuelven los originales

¡Guerra al sacerdote, guerra a la Iglesia! (a)

Seréis odiados de todos por causa de mi nombre, mas el que persevere hasta el fin será salvo. (San Math. X, 32)

¡Odio eterno al sacerdote y a la Iglesia! ¡Hoy, como ayer, como siempre, el sacerdote, he ahí el enemigo!

¡Combatámosle como enemigo de la luz y del progreso, como esclavizador de las conciencias, explotador del pobre y verdugo de la humanidad!

¡Guerra sin tregua a la Iglesia, que sólo quiere vivir en las tinieblas, vivir de las riquezas y para el lujo; sea para ella nuestro incesante rencor y toda nuestra venganza, porque esclaviza el pensamiento con sus dogmas, porque condena nuestras pasiones con su moral!

¡Guerra a la Iglesia, guerra al sacerdote!

¡Guerra a la Iglesia!

porque desde su fundación no ha dejado de cumplir el formal mandato de su divino Fundador cuando dijo a sus Apóstolos: «Id y enseñad a todos los pueblos:» Y los Apóstolos y sus sucesores comenzaron a moverse yendo por todos los puntos donde hay inteligencias y corazones, con un ansia constante, en cumplimiento de ese mandato, no sólo en el mundo romano, sino también en el mundo bárbaro, desde los ardientes climas de la Etiopía hasta los palmares de la India; desde las frías estepas de la Scitia hasta España; por Africa, por Oceanía, por toda la tierra habitada... Y hasta durante los tres primeros siglos en que fué cruelmente perseguida, la Iglesia no dejó de abrir las célebres Escuelas de Smirna, de Efero, de Antioquía, de Alejandría, de Roma, de Arlés, de Lyón, de Metz... Enseñaba allá fuera, y enseñaba también en los subterráneos de las Catacumbas, y con tanto afán, que el mismo Juliano apóstata publicaba en 362 el célebre edicto en que prohibía a los cristianos dedicarse a la enseñanza.

¡Guerra a la Iglesia!

porque en la invasión bárbara, cuando los Alanos, Hunos, Hérulos, Vándalos, Ostrogodos, Wisigodos y Lombardos se habían lanzado sobre al imperio romano, fué Ella quien *sirvió de Asilo a la ciencia, enseñando todo cuanto sabía; y nadie sabía más*... (1)

Y de este modo «*las letras* (1) *pudieron, por medio de la Religión, salvarse de la ruina, que las amenazaba... El espíritu humano proscripto, abatido por la tormenta, refugióse en las iglesias y en los monasterios*».

¡Guerra a la Iglesia!

porque, desde sus primeros Concilios, exhortó siempre a los sacerdotes y monges a la enseñanza gratuíta del pueblo; y de ahí vinieron las escuelas de los conventos, que nada costaban al Estado, y con tal provecho y en tal número, que esas escuelas, como dice el historiador Guibert Nogent, «*estaban abiertas para los más pobres y para el pueblo más grosero*»; o como se lee en Montalembert: «*Todos los monasterios eran gimnasios o escuelas, y todos los gimnasios y colegios eran monasterios*». Y no sólo se exhortaba, sino que se obligaba a esa enseñanza, como lo hizo el tercer Concilio de Letrán en 1179 y el cuarto en 1275.

¡Guerra a la Iglesia!

porque en los siglos XII, XIII y XIV fundó las Universidades de París, de Burgos, de Colonia, de Padua, de Salamanca,.. «*verdaderos focos de luz para Europa entera*, como afirma el sabio escritor contemporáneo Th. Delmont.

¡Guerra a la Iglesia

porque, desde el siglo IV hasta el XVI, según el testimonio del historiador protestante Guiort la *Iglesia marchó siempre a la vanguardia de la civilización*. Y en este siglo XVI, según Compayré, en su *Histoire de la Pedagogie*, las *únicas verdaderas escuelas de ese tiempo eran escuelas episcopales y claustrales*.

¡Guerra a la Iglesia!

porque en el siglo XVI, en el Concilio ecuménico de Trento, ordenó que *al lado de cada Iglesia hubiese una escuela gratuíta*.

¡Guerra a la Iglesia y al sacerdote!

porque fué el fraile benedictino Guido d'Arezzo quien inventó la gama, las notas musicales, la armonía y el contratiempo; porque el diácono Gioia inventó el imán y la brújula; porque el fraile dominico Alberto el Grande descubrió el cinc y el arsénico; porque al papa Silvestre II se debe el primer reloj de péndulo; porque al franciscano Rugerio Bacon se debe la primera aurora de las ciencias experimentales y curiosísimos descubrimientos sobre óptica y sobre la refracción de la luz; porque al dominico Spina se debe la invención de los lentes; al fraile Schwartz la pólvora, al sacerdote inglés Walingfort la construcción del primer reloj astronómico; al benedictino Basilio Valentino la primera aplicación de las propiedades del antimonio a la medicina; a Lucas de Borgo el álgebra; al Obispo Ignacio Danti las variaciones de la inclinación de la eclíptica; al fraile Lucio Plácido la aplicación del álgebra a las construcciones geométricas; al jesuíta Kircher la construcción del primer espejo histórico y el célebre *Museum Kircherianum* de historia natural en Roma; al Cardenal Regio Montano el sistema métrico; al Canónigo Copérnico y al Cardenal Cusa el verdadero sistema cosmológico y la afirmación del movimiento de la tierra; al diácono portugués Brotero la primera tentativa científica de una flora portuguesa; al sacerdote Bartolomé de Gdzmán la invención del aerostato; al sacerdote L' E'pée la invención del alfabeto de los sordo-mudos; al canónigo Hany el descubrimiento de la cristalografía; al jesuíta Sechi el espectroscopio; al sacerdote Hymalaia la Himalaita...

. . . . . .

¡Guerra, pues,

a la Iglesia y al sacerdote, que nada tienen hecho en beneficio de la instrucción del pueblo, porque son enemigos de la luz y del progreso!

Y si el sacerdote y la Iglesia nada tienen hecho en favor de la instrucción del pueblo ¿qué diremos entonces de su heroismo y de su entrañable caridad por el mismo pueblo?

Para no ir más lejos, preguntemos a Europa: ¿quién, inmediatamente después de la irrupción de los Bárbaros, que habían incendiado las ciudades y las villas y devastado los campos, quién con el hacha y la pica en la mano, penetró en esos densos bosques, quién roturó extensas campiñas, para ofrecer al pueblo tierras de cultivo y pan para comer? Y Europa nos responderá que fueron los monges de San Benito y S. Columbano, a quienes Montalembert llamó *padres sustentadores de la Europa cristiana*».

Preguntemos a la Europa

quién, hace ya muchos siglos, inspiraba a la humanidad la invención de las farolas a lo largo de las costas para que sirvieran de guía y abrigo a los infelices navegantes en peligro, y nos dirá que fueron los monjes de Escocia y de Cornwall colocando señales en los arrecifes y boyas en los escollos.

Procuremos saber

quién, en tiempos pasados, abandonando las comodidades del hogar, subiendo de los valles y de las llanuras a la cumbre de elevadísimas montañas, cubiertas de eterna nieve, todo lo sacrificaba allí por salvar a sus hermanos, ateridos de frío sepultados en la nieve, y nos responderán que fueron los monges de S. Bernardo con una historia larguísima de heróicas acciones.

Indaguemos

quién prestó mayores beneficios a la humanidad, cuando ésta se hallaba en lucha con las llamas del incendio y no existían todavía las actuales corporaciones de bomberos, y la historia nos dirá con toda imparcialidad que fueron los miembros de las cuatro Ordenes mendicantes: Carmelitas, Franciscanos, Dominicos, Agustinos, y más tarde los Capuchinos, que durante cinco siglos prestaron relevantes servicios con el hacha al cinto, balde cuero en la mano y escala al hombro. Por ellos fueron salvados en 1618, y en 1673 los archivos del palacio de Justicia en Francia; en el terrible incendio de Pont du Change perecieron 14 de esos héroes y 34 tornaron heridos a sus conventos.

Ved a la Iglesia por sus sacerdotes, por sus religiosos y por sus religiosas, correr presurosa, abnegadamente, a todas partes, donde hay necesidades y sufrimientos, a consolar con sus doctrinas, a fortalecer con sus Sacramentos, a auxiliar con sus limonas, a velar por la inocencia, a guiar a la juventud, a tratar con todo cariño a la vejez, a restablecer la paz, a regenerar las costumbres, todo afecto y cariño para el hombre, desde la cuna hasta el sepulcro.

Y a todos,

cualquiera que sea su raza ó nacionalidad, la orientación de su mente ó el estado de su corazón, a todos recibe, escucha y hace bien, porque ese fué el ejemplo, esa la exhortación de su divino fundador; y tanto es esto así, que el emperador Juliano apóstata exclamaba: ¡*Qué hombres estos cristianos! No se contentan con sustentar a sus pobres. Todavía vienen a sustentar* los *nuestros*.»

No es fácil a todos exponer la naturaleza y el número de las obras de caridad de la Iglesia. Así y todo consignaremos: las Misericordias; los Asilos para ancianos y ancianas; para huérfanos, para ciegos, para leprosos y para locos; las Casas de regeneración y corrección; los Montepíos fundados en el siglo XV por el franciscano Bernardino de Filtro, para librar a los cristianos de las garras usurarias de los judíos durante seis siglos; la obra de los Trinitarios de S. Juan de Mata y de los Padres de Nuestra Señora de la Merced, para rescatar a los cristianos, prisioneros de los corsarios musulmanes; en el siglo XIII, las fundaciones de las Corporaciones de Artes y Oficios, que trajeron después «*todas las empresas de beneficencia popular y mejoramiento social*», como afirma el diputado francés de Brest, Pierri Bietri;

(a) Como complemento del artículo de fondo de nuestro número anterior, tenemos el gusto de insertar el presente, traducido de «O Grito do Povo» de Oporto.

(1) «Thiers» librepensador (Discours pur la question romaine 1865).

(1) «Guizot,» protestante (Historia de la civilización en Francia, I)